

MANCHAS, EL PERRITO DESPISTADO



PIRÁMIDE

MANCHAS,
EL PERRITO DESPISTADO

Aurora Gavino

A lara, Joaquín e Ian.

Ilustrador: © José Luis Espuelas

© Aurora Gavino
© Ediciones Pirámide (Grupo Anaya, S. A.), 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Teléfono: 91 393 89 89
www.edicionespiramide.es
Depósito legal: M. 37.287-2016
ISBN: 978-84-368-3659-2
Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

MANCHAS, EL PERRITO DESPISTADO

PSIcoCuentos

EDICIONES PIRÁMIDE

Daniel era un niño algo desobediente y que se hacía el sordo cuando su mamá le llamaba.

—Daniel, no te lo repito. ¡Ven, por favor! —le decía María, su mamá.

Daniel estaba en su habitación jugando con los Playmobil. Había oído a su mamá, pero como si nada.

De pronto, escuchó unos pasos y levantó la cabeza a toda prisa.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! —pensó antes de que su mamá le cogiera del brazo y, obligándole a levantarse, le dijera muy enfadada:

—¡Daniel!, tienes que obedecer cuando te hablo. Tienes que hacerlo a la primera, ¿entendido?

Daniel bajó los ojos y no respondió.

—¿Entendido? —repitió su mamá.

Daniel, sin mirarla, movió la cabeza diciendo sí.

—¡Hoy ya no vas a volver a jugar con el Fuerte Bravo! Para Daniel la tarde fue aburrida. Se cansaba de ver la tele, de jugar con su Buzz Lightyear. Nada era divertido. Al cabo de un rato le dijo a su mamá:

—¡Mamá!, cuéntame un cuento, por favor.

—De acuerdo —le dijo su mamá sonriendo—, el cuento se va a llamar «Manchas, el perrito despistado».



—¡Manchas!, ¡Manchas!, ¡corre!, ¡corre! —le gritaba su dueño mientras entraba en casa.

Pero Manchas siguió jugando y jugando. Se puso a perseguir la lluvia y cruzó la puerta del jardín.

Manchas era un perrito casi blanco, solo tenía una mancha negra en el lomo que iba por el cuello y le llegaba hasta los ojos. Era alegre y juguetón, pero le costaba mucho obedecer.

Un día, estando Manchas en el jardín, empezó a llover muy fuerte.



De repente escuchó un sonido. Parecía un ladrido de un perro grande. Manchas intentó refugiarse en el porche de una casa, pero entonces el ladrido se hizo más fuerte. Le dio miedo y corrió y corrió para alejarse.

Cuando se dio cuenta, se había alejado demasiado y no sabía dónde estaba. Al principio no se preocupó, daba saltos intentando coger las gotas de agua que caían. Pero al rato, ya agotado de andar bajo la lluvia, quiso descansar. Miró a la derecha, a la izquierda y... no sabía dónde ir.



La lluvia era cada vez más fuerte y estaba empapado. Quiso protegerse debajo de un coche pero, cuando ya tenía la cabeza metida, oyó un maullido tremendo y la sacó rápidamente. Debajo del coche apareció un gato enorme.

—¡Vete de aquí! —le dijo el gato enfadado—, ¡vete!

Cansado y agotado, volvió sobre sus pasos y se tumbó debajo de un árbol de ramas espesas y largas que no dejaban pasar la lluvia.

Estaba tan cansado que se quedó dormido.



Manchas oía todo lo que comentaban. No se atrevía a decir nada, pero viendo que la cabra quería echarlo, decidió hablar.

Al despertar se encontró rodeado de un pájaro, un búho, una oca, una cabra y un caballo. Todos le miraban fijamente mientras hablaban entre ellos:

—¿Quién será? —preguntaba la oca.

—No es de por aquí —respondió el pájaro.

—¿Qué vamos a hacer con él? —decía el búho.

—No le conocemos. Hay que echarlo de nuestras tierras. Que se vaya a su casa —dijo la cabra.

—Quizá se ha perdido —dijo el caballo.

—Pues que no se hubiera movido de su casa —dijo la cabra refunfunando.



—No lo haré más. Yo sólo quiero volver a mi casa —dijo Manchas con lágrimas en los ojos.

—¡Hola! no sé dónde estoy. Jugaba con mi amigo Daniel y de pronto ya no estaba.

—¡Eso te pasa porque siempre estás jugando! —comentó la cabra malhumorada.

—Es verdad —dijo Manchas un poco triste—. Oía que me llamaban, pero estaba distraído cogiendo la lluvia.

—¡Serás tonto! —exclamó la cabra enfadada.

—Anda mujer, no le hables así al pobre —dijo la oca.

—Tiene razón —dijo Manchas—. Nunca obedezco a la primera, siempre me tienen que llamar muchas veces.

—¿Ves lo que pasa si no obedeces? —preguntó la cabra.



—¿Qué voy a hacer? —preguntó Manchas—. No sé volver a mi casa, tengo frío y hambre.

—Creo que debemos reunirnos para tomar una decisión —dijo el caballo muy serio, mirando a sus compañeros.

—Vale, tendrás que encontrar el camino de vuelta —le dijo el pájaro.

—Ya, pero no sé cómo volver —murmuró Manchas.

—¡Perro tonto! —dijo la cabra—. Hacerlo pensado antes. Eres un irresponsable.

—No seas tan dura con él —le reprendió el caballo—. El pobre se ha despistado. Eso le puede pasar a cualquiera.

—Grrrr —gruñó la cabra.



Poco a poco, cada uno se fue alejando de Manchas hacia un llano verde. Allí se pusieron en círculo y comenzaron a cuchichear.

Manchas no sabía lo que decían, pero no se atrevía a moverse. ¿Lo echarían de allí? La cabra no estaba nada contenta. ¿Qué iban a hacer? ¡Uf!, la cabra parecía muy alterada.

Efectivamente, la cabra se negaba a las propuestas de la oca y del búho, que querían ayudar a Manchas.



—¡No!, ¡no! y ¡no! Que se vuelva por donde ha venido. Es un perro que no hace caso a nadie. Así aprenderá a obedecer.

—Ya lo ha aprendido —respondió la oca—. Mira qué asustado está.

—Estoy seguro de que de ahora en adelante se comportará mucho mejor —afirmó el búho.

Siguieron discutiendo entre ellos.

Manchas los observaba preocupado. No sabía lo que estaban decidiendo.



Al cabo de un rato, dejaron el llano verde y se dirigieron hacia donde estaba Manchas, que empezó a temblar. ¿Qué le iban a decir?

Se pusieron delante y se sentaron mientras lo miraban fijamente.

—Hemos estado discutiendo sobre tu situación —habló el caballo—. Y... hemos decidido ayudarte.

—¡Sí, te vamos a ayudar a encontrar tu casa! —dijo el bicho conmovido al ver a Manchas tan asustado.

—¡Sí!, vamos a enseñarte a obedecer —dijo la oca.

—Para que no vuelvas a ensimismarte jugando y hagas caso cuando te llamen, te daremos una estrella mágica. Así, siempre recordarás que tienes que responder enseguida —comentó el pájaro, mientras le dibujaba una estrella en la pata.



De repente aparecieron revoloteando alrededor de Manchas mariposas de muuuuchos colores. Manchas corrió tras ellas alegre. Los demás animales vigilaban para que no se perdiera entre los árboles.

—¿Y obedeceré aunque esté distraído o quiera seguir jugando? —preguntó Manchas.

—Sí —dijo el pájaro—. Cuando te llamen y no respondas, la estrella se iluminará para que te des cuenta de que te están llamando.

—¿Seguro? —preguntó Manchas, que no se lo creía—. ¡Cuando estoy jugando no me entero de nada!

—¡Eso es porque eres tonto! —murmuró la cabra.

—No digas eso —le reprendió el búho—. Estamos todos de acuerdo, así que emppecemos.

—Vamos a hacer la prueba —dijo el caballo.



Al cabo de un rato, la oca le llamó.

—¡Manchas, ven!

Pero Manchas estaba distraído con las mariposas.

Entonces la estrella empezó a iluminarse con una luz amarilla, brillante. Manchas se quedó parado viendo cómo de su pata salía la luz. Dejó de prestar atención a las mariposas y se volvió asustado hacia donde estaban los demás animales.

—¡Manchas, ven! — le dijo la oca sonriendo.

Manchas corrió hacia ella y la luz de la estrella se fue apagando.

—¿Has visto? Aunque estés distraído, la estrella siempre te recordará que tienes que escuchar y obedecer a la llamada de Daniel y de sus papás.

—¡Es verdad! —dijo Manchas sorprendido—. ¿Y cómo me vais a ayudar a volver a mi casa?



El pájaro se posó en su cabeza y le dio un pequeño picotazo en la frente. Manchas cerró los ojos y, sin darse cuenta, se durmió.

Entre sueños escuchó una voz. Abrió los ojos buscando a los animales, pero ya no estaban. Entonces, se dio cuenta de que había llegado al jardín de su casa.

Manchas se puso de pie moviendo el rabo feliz.

Muy contento, empezó a jugar mientras ladraba y ladraba. Y nunca más dejó de obedecer. La estrella de su pata se lo recordaba siempre.

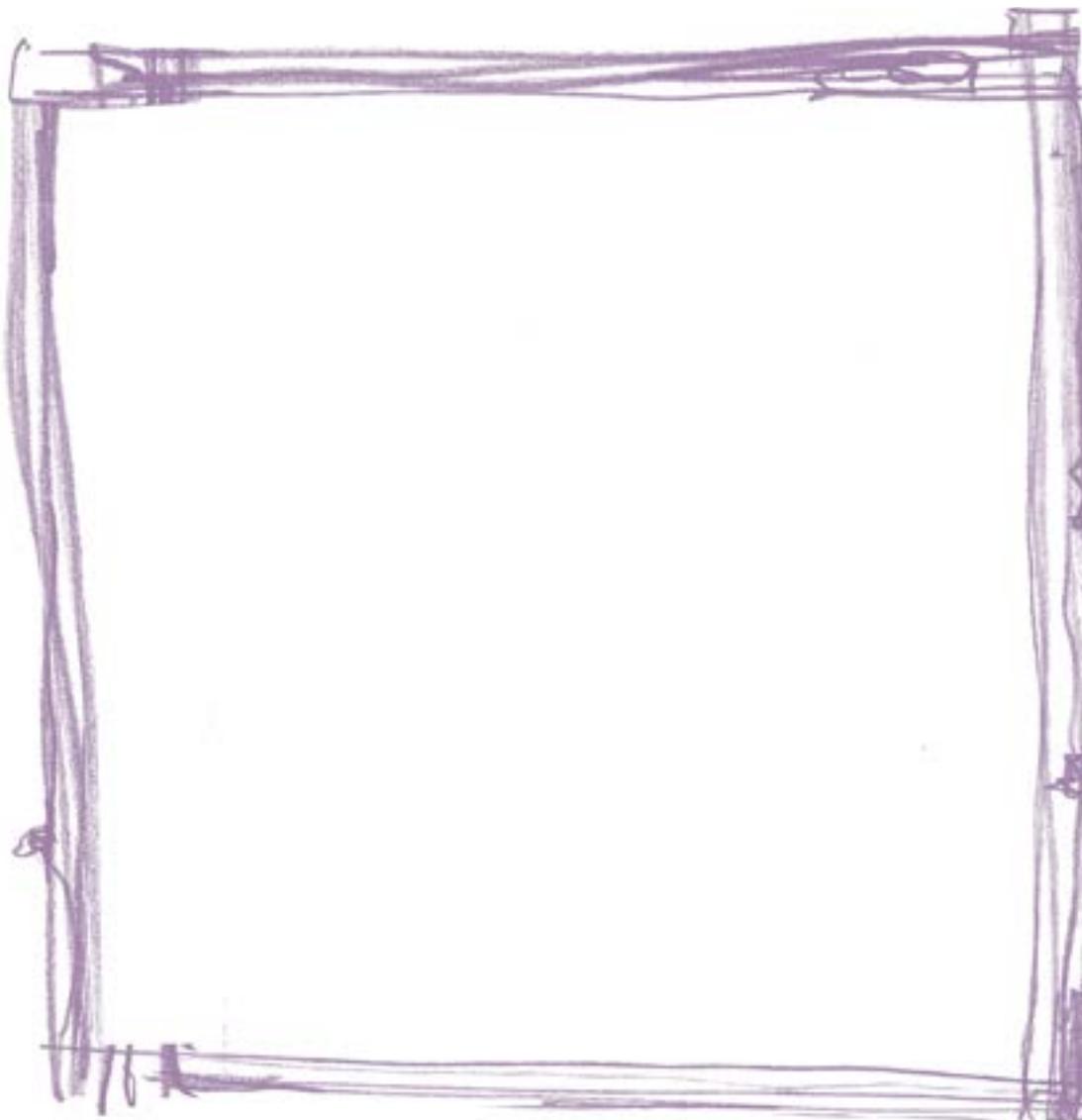
—¿Y ya no se perdió más? —preguntó Daniel.

—No, nunca más —respondió su mamá—. Ya puedes aprender tú también y recordando la historia de Manchas obedecerás a la primera, ¿verdad, Daniel?

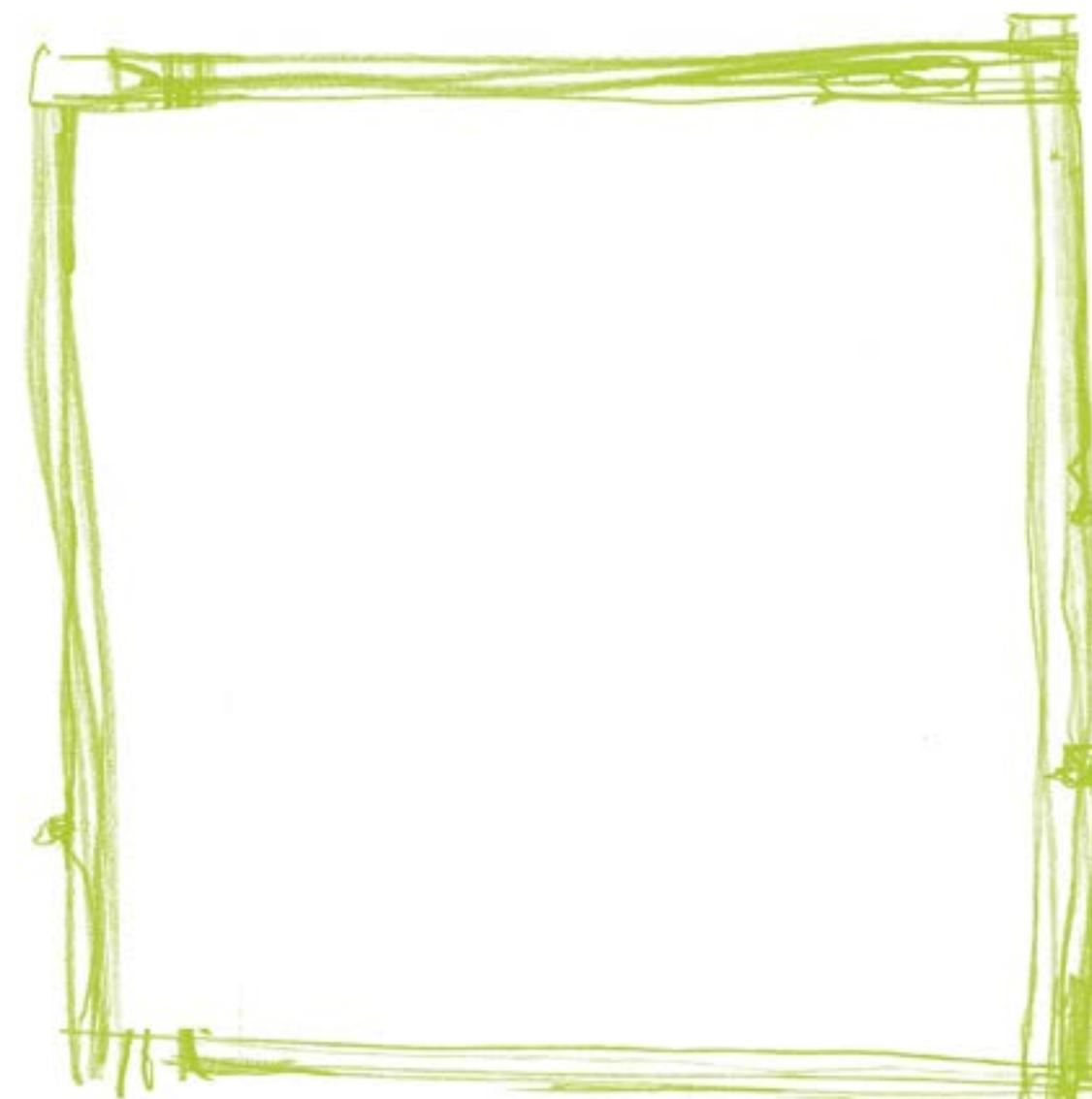
—¡Sí!, ¡sí!, mamá. Así lo haré.



DIBUJA A MANCHAS



DIBÚJATE CON UNA ESTRELLA EN LA PIerna





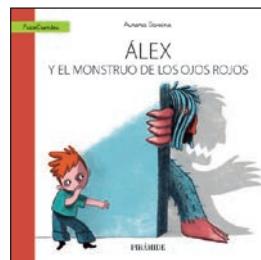
Manchas era un perrito muy juguetón y distraído que no solía obedecer a la primera. Pero un día se perdió en el bosque y los animales le ayudaron a solucionar su problema para siempre.

OTROS CUENTOS:

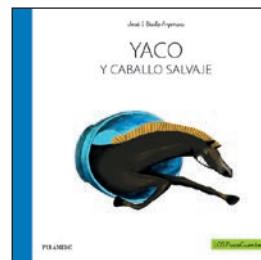
ÁLEX EN UNA MISIÓN SECRETA



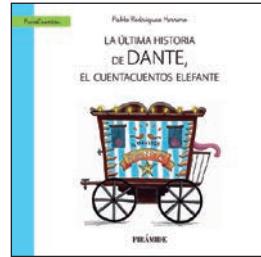
ÁLEX Y EL MONSTRUO DE LOS OJOS ROJOS



YACO, EL CABALLO SALVAJE



LA ÚLTIMA HISTORIA DE DANTE, EL CUENTACUENTOS ELEFANTE



UN BEBÉ LLEGA A CASA



A partir de 3 años

PIRÁMIDE

Ilustraciones de: José Luis Espuelas